

¿Sin TLC no hay Salvación?

- ★ EU Está Decidido a Sacar Ventaja de la Situación
- ★ Impondría Aquí Decisiones Laborales y Ecológicas
- ★ Fin de Sexenio Monotemático, Centrado en el Pacto

LORENZO MEYER

Una nota antes de entrar en materia. En opinión del columnista Carlos Ramírez, en México "la prensa y el periodismo constituyen el único contrapeso al absolutismo presidencial que ahoga a la sociedad". De ahí la importancia de que se haya otorgado el Premio Manuel Buendía de Periodismo a Ramírez. Enhorabuena.

Ahora, al grano. Según el líder del PRI, Fernando Ortiz Arana, con o sin Tratado de Libre Comercio (TLC) México continuará existiendo. De acuerdo, sin embargo, a las actitudes de la cúpula gubernamental bien parecen indicar que fuera del TLC no hay salvación.

Este final de sexenio es monotemático. La energía del gobierno de Carlos Salinas está concentrada en grado extremo en el TLC. A juzgar por los hechos todo asunto ajeno al TLC es secundario.

Sigue de la primera plana:
es el último viaje presidencial a Estados Unidos. En otras circunstancias, resultaría sorprendente que el Presidente y José Córdoba, el hombre más importante en su equipo y al que se ve como responsable del aparato de seguridad de Estado, hubieran viajado a Estados Unidos justo cuando el asesinato en Guadalajara del cardenal y arzobispo Juan Jesús Posadas Ocampo, ha puesto al gobierno frente a uno de los desafíos a su autoridad más inesperados, dramáticos e inquietantes. Como se sabe, el Presidente Salinas, después de una breve visita a Guadalajara, partió a Estados Unidos en compañía de Córdoba, para recibir un doctorado Honoris Causa y un par de premios no particularmente importantes: el "Christian A. Herter" y el "Harmony". Atrás dejó una serie de explicaciones oficiales sobre el asesinato poco convincentes.

A estas alturas, Carlos Salinas es, sin duda, el mandatario mexicano que más honores y distinciones ha recibido en Estados Unidos: doctorados, reconocimientos, designación como "hombre del año", premios, etcétera. Si en una circunstancia tan delicada por sus implicaciones para la seguridad nacional como la que surgió el lunes de la semana pasada con el asesinato del cardenal —el narcotráfico mostró que puede atacar a quien quiera, cuando quiera y donde quiera— el Presidente no consideró apropiado cancelar sus citas en Michigan, Nueva York, Boston y Dallas, seguramente no fue por su gusto a premios y doctorados, sino por la necesidad apremiante de intensificar en Estados Unidos la campaña en favor de su proyecto fundamental: el TLC.

El lograr la aprobación del TLC con Estados Unidos, es hoy el centro de la actividad de la presidencia mexicana que es, a su vez, el centro del sistema político. Así pues, la energía concentrada en lograr el TLC es formidable. El objetivo concreto es convencer a la heterogénea clase política norteamericana de la conveniencia de integrar

vismo está dando resultados, pero no espectaculares y ha tenido un costo: los millones de dólares gastados por el gobierno mexicano en cabilderos norteamericanos han provocado reacciones en contra. Entre otras, las del ex candidato presidencial independiente, Ross Perot —crítico severo de William Clinton y punta de lanza de la oposición al TLC—, que ha usado el gasto del gobierno mexicano en cabildero, para pedir que de plano se prohíba esa práctica en el Congreso de Estados Unidos por parte de gobiernos extranjeros.

En México, donde la aprobación del TLC se dio, de hecho, desde el momento mismo en que el Presidente concibió el proyecto, es necesario volver a examinar las condiciones que Estados Unidos está exigiendo para su aprobación. Como se sabe, el nuevo gobierno norteamericano ha impuesto al de México, como condición para aceptar un tratado negociado por sus enemigos políticos —George Bush y los republicanos—, que al texto original se le añadan dos acuerdos complementarios. Esa demanda, deja al descubierto que el TLC es cada vez menos un mero tratado de libre comercio, y cada vez más un acuerdo para regular los principios básicos de la actividad económica mexicana como condición para tener acceso al mercado norteamericano.

Si nos atenemos a su título, el TLC debería ser un documento que estableciera únicamente las reglas básicas del comercio de México con sus vecinos del norte. Nunca fue el caso, pues desde el inicio se incluyeron en el convenio temas de inversión, financieros, transporte, servicios y propiedad intelectual (el antecedente histórico del TLC son los acuerdos de Bucareli y el Calles-Morrow). Pero ahora, a raíz de la renegociación de México con el gobierno de William Clinton, el TLC se ha desparramado a las áreas de la legislación laboral mexicana y de la protección ecológica. Aparentemente es parte del precio a pagar por la excesiva identificación del salinismo con

formalmente al vecino del sur a su economía, argumentando que la estabilidad y bienestar mexicanos, son parte importante de la seguridad de Estados Unidos.

El punto de partida del salinismo, es el supuesto de que con la integración de México a una economía 20 veces superior, se logrará superar finalmente el problema de la inviabilidad del aparato productivo. Se supone que logrado lo anterior, se tendrán los recursos para enfrentar el resto de los problemas de la agenda nacional. Desde esta perspectiva, no hay alternativa al TLC. Este es el necesario broche de oro con que se cerraría un período histórico. Carlos Salinas y su grupo, habrían dejado sentadas las bases de una nueva etapa en el proceso del desarrollo mexicano. Una etapa donde el capital privado, nacional y extranjero —básicamente norteamericano—, libre como nunca antes, sería el protagonista principal del desarrollo mexicano.

La victoria del TLC la semana pasada en el parlamento de Canadá, es un hecho alentador para el gobierno de Carlos Salinas, pero no tanto, pues su aprobación lo fue por un margen muy pequeño: 219 contra 213. En cualquier caso, para México lo que verdaderamente importa es la decisión de Estados Unidos. Pero ahí la aprobación del TLC no está asegurada.

Para el proyecto salinista, la derrota de los republicanos en Estados Unidos en 1992, significó un problema muy serio, aún no superado. La salida de George Bush de la Casa Blanca obligó al gobierno mexicano a ser más activo de lo que ya era. Ese acti-

el equipo perdedor de George Bush en 1992.

En principio, quienes en México se interesan por la protección tanto de los derechos obreros como del ambiente, no deberían objetar la bondad de los acuerdos complementarios exigidos por Washington en estas dos áreas. La presión externa puede hacer que, por fin, la ley se cumpla.

Sin embargo, los fines no deben hacernos perder de vista los peligros que entrañan los medios. Tras la supuesta protección a los trabajadores y a la ecología en México por la vía de comisiones trinacionales —México, Estados Unidos, Canadá— que posiblemente puedan aplicar sanciones, está el interés norteamericano por controlar procesos que en un pasado no muy lejano se consideraban parte de los asuntos estrictamente internos mexicanos. No hay duda que el concepto de soberanía está cambiando. Sea como fuere, la mera asimetría entre los tres componentes del gran Mercado de la América del Norte, hace que el mango del sartén esté en manos de los norteamericanos... y que ese sartén se haga cada vez mayor y en él se frían sólo las cosas que los cocineros norteamericanos en turno dispongan.

Desde el sexenio pasado se hizo de la apertura económica y de la integración informal de la economía mexicana a la de Estados Unidos, el eje de la definición del interés nacional mexicano. Ahora bien, a estas alturas del proceso, la integración de la economía mexicana a la del país vecino va tan avanzada, que es casi irreversible. Todos los indicadores así lo señalan: el monto y porcentaje del comercio de

México con Estados Unidos, la cantidad y destino de la inversión norteamericana en nuestro país, los cambios constitucionales para facilitar y dar seguridad a esa inversión, el crecimiento de la actividad de las maquiladoras, el flujo de la mano de obra mexicana al norte del Bravo, etcétera. Entonces, si lo principal ya se logró por qué el empeño gubernamental en sacar adelante la formalización de la integración —el TLC— cueste lo que cueste?

El principio de la res puesta está en el calendario electoral. Como el gobierno ya colocó con razón o sin ella, al TLC en el corazón del proyecto sexenal, ahora le resulta necesario que la aprobación del tra-

evolución de la problemática del mercado mexicano ha sido tal, que esa confianza ya se hizo depender de que finalmente tengan lugar las amarres que en el plano político y jurídico significa el TLC. Sin estos amarres formales, el flujo de capital externo podría detenerse e incluso revertirse. Si esto ocurriera, ya no podría continuar el extraordinario exceso de importaciones sobre exportaciones que hoy tiene lugar en México. La devaluación sería entonces inevitable y la inflación reaparecería. Si esto ocurriera, el ambiente en que se llevaría a cabo la elección de 1994 se asemejaría mucho al que existió en 1989, y que tan mal sabor de boca ha dejado al salinismo.

Por otro lado, el sostenimiento del indispensable ingreso masivo a México de dólares que se ha dado en los últimos años, está muy condicionado a que se mantenga la confianza de los inversionistas y especuladores extranjeros. La

del Presidente Clinton no es desconocido este atolladero en el que se encuentra metido el equipo mexicano, y parecen decididos a sacar toda la ventaja posible de la coyuntura. El Presidente Clinton quiere el TLC, pero bajo sus condiciones. Hoy es claro que entre más duras sean las condiciones que Washington imponga a un equipo mexicano casi sin opciones, más fuerte será la posición y defensa del Presidente Clinton y los suyos frente a las inevitables críticas de Ross Perot y de todos los que, como él, se oponen al TLC en nombre del bienestar de los trabajadores y de la ecología, dos temas éticamente intachables. Y, finalmente, entre más débiles los argumentos de Perot et al,

mayor la posibilidad de que el acuerdo Central y los complementarios, sean aceptados por un Congreso profundamente preocupado, en tiempos de desempleo, por no dar a sus electores la imagen de aprobar un TLC que sirva al gran capital en detrimento de los trabajadores.

Así pues, sólo una clara victoria de los planteamientos del equipo de Clinton aseguraría un paso tranquilo del TLC por el Congreso estadounidense. Pero resulta que es justamente esa situación la que no cuadra con lo que suponemos es el interés nacional mexicano, incluso dentro del marco neoliberal que hoy predomina. Con la aprobación de un TLC muy amañado, y donde Estados Unidos pueda tener un me-

canismo de control directo sobre procesos internos mexicanos, el salinismo habría sorteado una de sus dificultades más grandes pero heredaría un regalo envenenado a su sucesor. ¿Cómo se supone que vamos a mantener la soberanía mexicana —cuálquiera que sea la definición neoliberal del concepto—, si en los años que vienen no sólo el grueso de las variables económicas van a depender de factores externos, sino también decisiones y acciones sobre políticas laborales y de ambiente?

A las preguntas anteriores y a muchas más que se desprenden de la nueva situación creada por un TLC que cada vez abarca más, habría que darles respuestas antes de aceptarlo.